

HOY ES VIERNES SANTO

2 de abril de 2021

MURIÓ PARA QUE TENGAMOS VIDA

«Hacia el mediodía, se ocultó el sol y todo el país quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. En ese momento la cortina del templo se rasgó por la mitad, y Jesús gritó muy fuertemente: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, al decir estas palabras, expiró. El centurión, al ver lo que había pasado, comenzó a alabar a Dios, diciendo: “Realmente este hombre era un justo”». (Lc 23, 44-47)

Jesús ha vivido su muerte en una actitud de obediencia y fidelidad total al Padre y, al mismo tiempo, en una actitud de amor y perdón a los hombres. Por eso, su muerte es una muerte de reconciliación y de amor. Una muerte que conduce a la resurrección y a la vida.

La muerte, que era la manifestación suprema del pecado y la ruptura entre Dios y el hombre pecador, se ha convertido ahora en la manifestación suprema del amor y la reconciliación entre Dios y los hombres. Vivida por el Hijo de Dios en obediencia total al Padre y en comunión total con los hombres, se ha convertido en fuente de vida para todos nosotros. “Nuestro Salvador Cristo Jesús ha destruido la muerte y ha hecho irradiar luz de vida e inmortalidad” (2 Tm 1, 10). La muerte de Jesucristo es el gesto supremo en el que se nos revela el amor reconciliador de Dios a los hombres. “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo y no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres” (2 Co 5, 10).

La muerte de Jesús en la cruz no es un acontecimiento aislado y separado de su vida. Es el gesto que resume y en donde culmina toda su vida. Jesús ha ido muriendo para el Padre y por los hombres día tras día, “desviviéndose” por hacer la voluntad de su Padre y por liberar a sus hermanos. Por eso, desde el seguimiento al crucificado los cristianos vamos dando sentido al sufrimiento de cada día y a la misma muerte.

La muerte, por tanto, sin perder su carácter trágico, ha cambiado de signo para el creyente. La muerte ya no es el final de todo. El cristiano no muere para quedar muerto sino para resucitar. La muerte ya no tiene la última palabra.

De ahí que el cristiano, más que prepararse para una buena muerte, debe aprender a “morir bien” en cada momento. Es decir, viviendo la vida diaria como Jesús, “desviviéndose” por la construcción del Reino de Dios y su justicia. Desde aquí el Bautismo cobra un sentido nuevo como el gesto sacramental en el que nos comprometemos a vivir la vida “muriendo en Cristo”, y la Eucaristía nos va ayudando a asimilar el morir de Jesús para participar también un día de su resurrección.

Los cristianos vemos desde Cristo con una esperanza nueva no sólo nuestra muerte sino también la muerte de los demás, las muertes grandes y las pequeñas, las muertes valientes y las cobardes, las muertes significativas y las ridículas. Desde esta misma esperanza aprendemos a afrontar con otro sentido el envejecimiento y la muerte de las culturas, de las ideas, de la creación entera. Todo lo que vive, camina de alguna manera hacia la muerte. Pero Cristo, esta es nuestra fe y en esa esperanza vivimos, ha vencido a la muerte.

MEDITAMOS JUNTO A MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.
LA MADRE RECIBE EL CUERPO DE SU HIJO BAJADO DESCLAVADO

«Al caer la tarde, como era la preparación de la Pascua, es decir, la víspera del sábado, llegó José de Arimatea, que era un miembro distinguido del consejo de ancianos y esperaba el Reino de Dios, y tuvo el valor de presentarse a Pilato y le pidió el Cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que ya hubiera muerto y, llamando al centurión le preguntó si había muerto hacía tiempo. Informado por el centurión, concedió el Cuerpo de Jesús a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la Cruz» (Mc 15, 42-46)

Comentario del Catecismo de la Iglesia Católica

«El papel de María con relación a la Iglesia es inseparable de su unión con Cristo, deriva directamente de ella. “Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte” (LG 57). Se manifiesta particularmente en la Hora de su Pasión. La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz. Allí, por Voluntad de Dios, estuvo de pie, sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con Corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima. Finalmente, Jesucristo, agonizando en la Cruz, la dio como Madre al discípulo con estas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19, 26-27)» (LG 58). (Catecismo de la Iglesia Católica, 964).

Meditación

«Han devuelto a las manos de la Madre el Cuerpo sin vida del Hijo. Los Evangelios no hablan de lo que Ella experimentó en aquel instante. Es como si los Evangelistas, con el silencio, quisieran respetar su dolor, sus sentimientos y sus recuerdos. O, simplemente, como si no se considerasen capaces de expresarlos. Sólo la devoción multisecular ha conservado la imagen de la *Piedad*, grabando de ese modo en la memoria del pueblo cristiano la expresión más dolorosa de aquel inefable vínculo de Amor nacido en el Corazón de la Madre el día de la Anunciación y madurado en la espera del Nacimiento de su Hijo. Ese Amor se reveló en la gruta de Belén, fue sometido a prueba ya durante la Presentación en el Templo, se profundizó con los acontecimientos conservados y meditados en su Corazón (cfr. Lc 2, 51). Ahora este íntimo vínculo de Amor debe transformarse en una unión que supera los confines de la vida y de la muerte. Y será así a lo largo de los siglos: los hombres se detienen junto a la estatua de la *Piedad* de Miguel Ángel, se arrodillan delante de la imagen de la *Melancólica Benefactora* en la Iglesia de los Franciscanos, en Cracovia; ante la *Madre de los Siete Dolores*, Patrona de Eslovaquia; veneran a la *Dolorosa* en tantos santuarios en todas las partes del mundo. De este modo aprenden el difícil amor que no huye ante el sufrimiento, sino que se abandona confiadamente a la ternura de Dios, para Quien nada es imposible (cf. Lc 1, 37)...» (Juan Pablo II, Vía Crucis Viernes Santo 2000. Meditación XIII Estación)

Salmo de Meditación Salmo 114 (116)

R. Mi alma espera en el Señor

Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante,
porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco.

Invoqué el nombre del Señor:

“Señor, salva mi vida”.

Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor fue bueno contigo:
arrancó tu alma de la muerte,
tus ojos de las lágrimas, tus pies de la caída.

Virgen del silencio, ruega por nosotros
Virgen del perdón, ruega por nosotros
Virgen de la espera, ruega por nosotros



Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat de la Ciudad de Almería